

mundo. Chile tiene además de guijarros y hojas balanceantes, algo muy esencial: hombres, personas que viven en Chile sufriendo y regocijándose, que existen en Chile trabajando o descansando, que subsisten en Chile oprimiendo o siendo oprimidos. Ahí están, con sus miserias y grandezas, nos esperan, anhelan que nos arriesguemos, que nos comprometamos, que lleguemos a la responsabilidad.

MARIO ESPINOSA

### UNA GENERACION

YA NO tiene ninguna vigencia para nuestro país, la vieja frase de Marcelino Menéndez y Pelayo: "Chile es sólo un país de historiadores y juristas". Y ello, no porque hayan desaparecido éstos, sino porque existen poetas y narradores, en tal cantidad y alto valor, que contradicen este aserto, cual si el país entero hubiese acordado desmentirlo.

Es cosa frecuente y de poco asombro la sorpresa que sufren aquellos extranjeros que toman conocimiento de nuestra poderosa y libre literatura. Alan Price Jones, crítico literario y director del suplemento literario "The London Times", expresaba, no hace mucho, que, en cuanto a bellas letras se refiere, Chile era un fenómeno tan singular que sólo le encontraba parangón en Suecia. Explicó que su extrañeza provenía de la fuerza, extensión y grandeza, de las concepciones literarias en relación a la pequeñez del país —su escasa población— y la condición desmedrada en que materialmente ellas tenían lugar.

Fuera de los poetas que aparecieron en pleno romanticismo, como Pezoa Véliz u otros posteriores, como Magallanes Moore, como Pedro Prado, Angel Cruchaga Santa María, Jorge Hübner Bezanilla, y toda la gama literaria que advino con la gran influencia del modernismo implantado en Chile por Rubén Darío, llegó, con la presencia de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Rosamel del Valle, Gustavo Ossorio, Omar Cáceres, Humberto Díaz Casanueva, Julio Barrenechea, Juvencio Valle, Nicanor Parra, Tomás Lago, Eduardo Anguita, Gonzalo Rojas, Teófilo Cid, Jorge Onfray, Venancio Lisboa, Miguel Arteché, Alberto Rubio, Arturo Alcayaga, Irma Astorga y una muchedumbre de otras altas voces poéticas, la hora máxima a que puede aspirar alcanzar un país o un conjunto humano en lo que a creación en este género literario se refiere.

Comparando la literatura chilena en pleno auge con aquélla de la Edad de Oro española, dice un comentarista: "Toda una zona de la poesía de Chile posee este acento de sinceridad, de implacable búsqueda de la realidad humana, siempre entrevista bajo ángulos distintos, pero siempre observada con lacerantes pupilas. Un crudo realismo, que sería del mayor interés parangonar con la tradicional conducta española realista, colorea del modo más patético, solanesco, a este ángulo de la pintura poética".

"Una sutil diferencia creo que conviene advertir: mientras en el Siglo de Oro es el espíritu el que prima sobre las cosas, contagiándolas de su trascendencia real, aquí, en este neorrealismo, son las cosas las que aprisionan el alma, las que le imponen su sañudo cerco de materia gris, las que domeñan su ideal introduciendo en él sus objetos turbios, sus residuos, su lastre informe". Y sobre los autores dice el mismo cronista: "Cada uno posee una substancia propia, mas a todos los une una forma gemela: despreocupación por la exterioridad poética, desprecio por la manera clásica, grave buceo de la condición humana".

"En un palabra: son unos románticos de la realidad".

Indudablemente, debe tomarse con no poco "beneficio de inventario" este interesante juicio crítico. Lo que el cronista echa de menos es, sin duda, la importante influencia mediterránea de la cultura clásica, que mal pueden los chilenos haber absorbido e incorporado en sus creaciones, ya que la presión del medio físico —su diferencia— no permite ni siquiera concebirlo.

Respecto a los precedentes literarios de los autores mencionados, podría indicar la generación literaria de 1900. Respecto a ella dicen D. Julio Arriagada y D. Hugo Goldsack en "Pedro Prado, un clásico de América": "...el movimiento literario del 1900, que se caracteriza en Chile por la presencia de dos factores antagónicos que aún no consiguen, hacia esa fecha, confundirse y amalgamarse. Por una parte, el modernismo rubendariano, que siendo de procedencia francesa y espíritu cosmopolita y decadente, respondía, en medida no despreciable, a esa tendencia barroca, propia del alma americana. Por otra parte, el nacionalismo que, en la poesía chilena, se traduce en una exaltación de los valores regionales a quienes insufla un aliento universal. Figuras epónimas de estas dos actitudes son, respectivamente, Pedro Antonio González y Carlos Pezoa Véliz".

En relación a la generación de 1914, dicen los mismos autores: "Los "Diez" eran solamente nueve, al revés de los "Tres Mosqueteros", que eran cuatro. Cada uno de ellos llegó a jugar un rol de importancia en la evolución artística y literaria de Chile: Pedro Prado, Manuel Magallanes

Moore, Ernesto A. Guzmán, Alberto Ried, Juan Francisco González, Alfonso Leng, Julio Beltrán, Armando Donoso y Acario Cotapos...". Entre ellos están incluidos artistas de todas las formas del arte.

Este es un panorama muy vago de la poesía chilena en el siglo actual. Si se quisiera ser exacto, debería nombrarse una cantidad prodigiosa de nombres, obras, actividades y publicaciones. No corresponde hacerlo aquí, sólo se puede adelantar que ha habido cuatro figuras fundamentales —fuera de Rubén Darío— para la creación y difusión de la poesía chilena. Ellas son: Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, Vicente Huidobro y Pablo Neruda.

Pablo de Rokha provocó una completa revolución formal, aprovechada más tarde por Neruda y quienes le siguieron, una alteración comparable a la efectuada por Walt Whitman en las letras de los EE. UU., poeta, éste, a quien De Rokha debe, sin duda, la soltura de su verso libre y la adaptación de esa forma métrica a su especial temperamento. Pero fue este mismo poderoso temperamento renovador el que lo llevó hacia esos inmensos y patéticos versículos de incontenido espíritu dionisiaco, donde se vuelca todo el nacionalismo de la raza, lo vernáculo de la psicología chilena, la rica sensualidad de sus costumbres, mezclados a conceptos generales que no logra amalgamar correctamente, pero a los que imprime un sentimiento regionalista de sorprendente índole. Al nacionalismo se referían los autores Arriagada y Goldsack. Creo que, quizás, De Rokha ha sido su más ardiente propulsor. Aunque es irrefutable que logró captar muchas influencias foráneas en sus versos, también lo es el hecho de haber obtenido un relieve extraordinario de lo autóctono, constituyendo así una cantera imaginativa de gran magnitud. Y aunque no falten algunos que impugnen la pureza de su poesía —justamente por no pertenecer ellos sentimentalmente a ese mundo cultural—, es, asimismo, ese rico y sabroso conglomerado de elementos el que aporta una tónica nueva a nuestras letras.

Gabriela Mistral, en seguida, contribuyó desde otro ángulo a la difusión de la poesía chilena en el continente de habla española. Habiendo obtenido el Premio Nóbel de Literatura, y siendo la primera figura literaria de Latinoamérica que recibía este preciado galardón, atrajo para la poesía chilena ese prestigio universal de que hoy goza.

Vicente Huidobro escribió muchísimos versos en francés, siguiendo una tradición muy criolla en su afición a lo gálico. Le dio al verso chileno no sólo una resonancia europea; trajo para el país no sólo conexiones con toda la poesía surrealista; además, extendió su indudable influencia en una gama de interesantes discípulos que, con o sin surrealismo, él marcó con su

huella irreparable. Un poder de creación y elegancia formales, una sutileza y alegría de tipo europeo, lo hicieron indiscutible maestro de generaciones. La libertad y espiritualidad de sus versos le dan especiales características de poesía pura a muchas de sus creaciones. Alcanzan momentos cumbres en nuestra creación poética algunos de sus poemas, de incontaminada belleza.

El constituye, justamente, el reverso de la poesía de De Rokha: fue europeizante, en alto grado, por herencia y vocación, y lo pudo ser sin esfuerzo ninguno.

Pablo Neruda, poeta de cósmicas angustias y de perfección y universalidad extraordinarias, agrega a la poesía chilena la huella de una personalidad muchas veces genial, de esas que consagran a una literatura en el plano de las universales y eternas. El condujo el nombre de Chile y de América a un sitio del cual ya no se saldrá jamás. Imbuido de doctrinas comunistas —con gran poder de expansión propagandística— de profundo espíritu sudamericano, de intenso amor a los humildes, de un innato sentido de la libertad, propio del inmenso poeta romántico que él es, supo tocar una tónica en el mundo moderno que lo señaló para siempre como el más curioso poeta romántico de la primera mitad del siglo XX, ya que interesó a extensas multitudes en su poesía. Sus innovaciones poético-formales, también, dejan antecedentes definitivos en la literatura universal.

En su poesía se aunan, con extraordinaria justeza, los elementos locales y regionales, con las formas modernas más atrevidas, avanzando un paso más allá en la literatura poética de Chile. Esa unidad marca su creación. Lo que en De Rokha es informe y tremendo caudal de desordenados y convulsos materiales poéticos, lo que en Huidobro es pura poesía y elegancia formal, lo que en Gabriela Mistral es sentimiento americano de lo cósmico y simpatía maternal hacia lo existente, en Neruda encuentra un eco humano profundo y unidad indisoluble.

Este intento de esbozo panorámico debería concluir en una descripción de los nuevos poetas, de sus creaciones y modalidad, pero el hacerlo supera con mucho los límites del presente trabajo.

Pues quiero hablar aquí de ciertos aspectos de la prosa chilena, cuyos pasos siguen a los de la poesía en el orden cronológico. No quiero decir con ello que la creación imaginativa en prosa carezca de importancia o de la trascendencia universal que caracteriza a la poesía, sino que, todavía, está en un período de evolución muy anterior al de aquélla. Esto es usual en la historia literaria,

La creación imaginativa en prosa presenta en Chile caracteres semejantes a los que se notan con respecto a la poesía.

Varias escuelas y tendencias se disputan la mayor jerarquía en ésta, pero de todas maneras se puede decir que existe aquí el mismo problema y la misma disyuntiva que en la poesía. Existe una tendencia europeizante y otra nacionalista. Por una parte, los escritores han buscado o encontrado, consciente o inconscientemente, las tendencias europeas; por otra, han deseado hallar aquella realidad que es más propia de su país.

Más o menos, a partir de 1910 —según los cronistas literarios— comienza a suscitarse una división en la prosa narrativa: una sería la llamada imaginista; la otra, criollista. La primera fincaba sus principios en el derecho al libre juego de la fantasía, al uso de la prosa, la narración europea, para crear mundos que no eran determinables en una exacta geografía física. La otra corriente, en cambio, quiso y se empeñó en describir la formación y las costumbres de grupos raciales y socialmente homogéneos en medio de una naturaleza determinada. Es decir, el criollismo sitúa ciertos grupos humanos en lugares conocidos del territorio y describe la flora y fauna de esos lugares, en cuanto tienen relación con la vida humana, sin hacer concesión alguna a la imaginación no realista. De manera que quien lea esas páginas podrá estar completamente seguro de la exactitud y verosimilitud de los hechos y objetos allí especificados. Tampoco mostró mucho interés en describir las causas psíquicas de las acciones de sus personajes.

Esta escuela fue propiciada y estimulada por el crítico literario Omer Emeth, quien ansiaba en los chilenos un mayor nacionalismo literario. La escuela imaginista, en cambio, ansiaba absoluta libertad para situar sus temas o crear sus personajes, considerando conveniente un marcado internacionalismo. Ambas tendencias tuvieron toda clase de secuelas, pero a nadie —que conozca las letras chilenas— le es ajeno el hecho de que, si el criollismo logró su objetivo de descubrir la realidad nacional en la literatura, tampoco es menos verdad que el imaginismo o aquella tendencia internacionalista consiguió interesar a los escritores chilenos en el mayor conocimiento de las formas universales de literatura o en las ideas que priman en nuestra época.

La Escuela Criollista estaba formada, en su mayor parte, por discípulos de Pereda, de Emilia Pardo Bazán, en lo que a descripción se refiere, o de Ricardo León, en cuanto a la prosa. Son quienes buscaron lo autóctono realista, por oposición al romanticismo foráneo que primaba hasta fines del pasado siglo y parte del presente. Realismo y criollismo son, en cierto modo,

inseparables, en base a una tradición literaria de origen francés. Estos escritores son nacionalistas e, incluso, regionalistas. Obras de este género serían "Ully", "Cuna de cóndores", "Puerto Mayor", "On Panta", "Zurzulita" y otras de don Mariano Latorre, que es el campeón de esta tendencia. También lo son: "Mi amigo Pidén", "La noche en el camino" y "Siete cuentos" de Luis Durand; "Faluchos", "Pichaman" y "La caleta", de Leoncio Guerrero; "Montaña adentro", "Río abajo", "Reloj de sol" y "Humo hacia el sur", de Marta Brunet; "Chile, o una loca geografía", de Benjamín Subercaseaux; "Hombres del sur", de Manuel Rojas, etc.

Sobre el tema del criollismo se ha debatido mucho en nuestro país y pretendería demasiado al querer definirlo en tan pocas líneas. Hay una serie bien definida de antecedentes y autores que podría añadir a estas notas, ya que de hecho las conozco muy bien. El último debate sobre el tema —a través de muchos artículos de prensa y conferencias universitarias— fue iniciado por mí desde la tribuna de "La Nación", de Santiago. Pero lo más importante de todo es, a mi parecer y en relación a las escuelas o tendencias que siguieron a las mencionadas, el nacionalismo literario, la búsqueda ansiosa de una realidad chilena, en contraposición al exotismo literario, en temas y formas.

Porque a esta escuela —el criollismo— es fácil, asimismo, contraponer las tendencias foráneas, en ideas, temas o descripciones, que son en Chile una especie de herencia del romanticismo, por una parte, y de la intensa y frecuente influencia francesa, por otra. A los lectores de este trabajo les puede interesar la literatura chilena en su desarrollo. Ahora bien, cosa enteramente diferente es la importancia que, en la literatura universal, pueda tener.

Encontramos autores que, al comienzo, se muestran fuertemente realistas y nacionales, como Augusto D'Halmar en "Juana Lucero", que después se expande hacia lo internacional y exótico. El mismo caso, llevado a su extremo —muy singular— podemos observarlo en Edgardo Garrido Merino, cuya novela "El hombre en la montaña" es una especie de criollismo literario, pero... situado en España. Transiciones de toda índole observamos en Pedro Prado, quien reúne ambos elementos en una prosa poética y simbólica a la vez que realista en el poema en prosa titulado "Alsino". Es ésta una de las obras donde podemos meditar —por su belleza e intensidad— con toda acucia, el fenómeno antes observado. He aquí la más rica imaginación, la más libre, puesta al servicio del descubrimiento de la realidad nacional, tanto exterior como interior,

Algunos de estos elementos los descubrimos igualmente en Fernando Santiván, cuyas obras parecen sondear con inquietud la realidad exterior, pero mantienen una tensa curiosidad sobre nuestra manera de ser. En "La Hechizada" sorprenden exactas descripciones de ciertos aspectos del Valle Central de Chile, pero detrás de ellas late la preocupación por la realidad psicológica general del chileno. Igual cosa se puede decir de "El Crisol" y otras obras de este autor. Tal tipo de transiciones nos ofrecen Januario Espinosa, Guillermo Labarca o Rafael Maluenda.

¿Cómo precisar cuándo un autor es puramente criollista? Más fácil es poder decir cuando no lo es de ninguna manera. No es aventurado opinar en este sentido sobre la literatura de don Miguel Luis Rocuant o Hugo Silva, parte de la obra de Benjamín Subercaseaux o Salvador Reyes, donde la imaginación no considera la realidad chilena como su campo esencial. Pero hay varias maneras de alejarse de la tierra chilena: una, por el paisaje o situación geográfica del tema; otra, por el tema mismo, y una tercera, por la forma literaria. Esto es lo esencial: nacionalismo —exterior o interior— e internacionalismo.

No es un esfuerzo muy grande clasificar literariamente "Zurzulita", "Gran Señor y Rajadiablos", "Chile o una loca geografía", "Mirando al océano" o "La caleta", como obras de tipo nacionalista.

Tampoco requiere mayor esfuerzo decir que "La sombra inquieta", "La última niebla", "El hermano asno" (aunque menos), "El socio", "El hombre en la montaña", "La sombra del humo en el espejo" y otras obras, como "La ciudad de los césares", "Muerte en Pekin", "El estanque", etc., no son en absoluto creaciones de tipo nacionalista.

Hay obras que por su forma y situación no tienen intención nacionalista, pero por su contenido podemos decir que lo son: "Perceval y otros cuentos", "Del mundo interior" o "Inseguridad del hombre", cuyas inquietudes metafísicas parecen coincidir con el espíritu adolescente de nuestro pueblo.

Volvamos entonces sobre la tendencia nacionalista, desarrollada primero por el criollismo, y observemos en seguida cuál es la posición o actitud que continúa esa tendencia.

Es indudable que cuando los pueblos presienten que su realidad o contextura se va a modificar, y siempre que posean la fortaleza de espíritu suficiente, se apresuran en dejar estampada aquella realidad que será un antecedente, a fin de tener memoria de ella, y ejemplo, a fin de

no perder de vista aquellos ideales o esas formas de vida que le fueron propios y formaron su carácter.

El criollismo comenzó esta labor, sin duda, con el campo chileno. Cuando, dentro de cien años, las generaciones del porvenir lean las obras de D. Mariano Latorre, tendrán una imagen luminosa de lo que fue el agro chileno, en la misma medida en que ahora lo son de la Colonia las páginas del Padre Alonso de Ovalle o, del siglo pasado, la de Vicente Pérez Rosales y Alberto Blest Gana.

Una nueva corriente, igualmente nacionalista, hace la historia de ciertos problemas o realidades de Chile. Yo llamo a esta tendencia el "realismo sociológico" porque, teniendo, sin duda, caracteres de literatura realista, esta creación literaria se refiere principalmente a aspectos de nuestra vida que engloban a mucha gente, a compactos grupos humanos, con sus correspondientes problemas de índole socioeconómica.

Esta tendencia estudia problemas y realidades sociales y zonales, gremiales. Los grupos humanos que estudia pueden hallarse en las ciudades del centro de Chile, en las minas, incluso en el campo. Pero respecto a otras escuelas se diferencia por su intención. Si el llamado criollismo dedicaba extensas páginas a describir la relación del hombre con el paisaje, el "realismo sociológico" se interesa por describir las relaciones de los hombres entre sí, como conjunto social, o la situación de un individuo en medio de su clase y, a veces, la formación de la clase misma. En todo momento, lo importantísimo de esta literatura es el elemento social mirado en sí mismo, frente a un problema determinado en el orden económico.

Joaquín Edwards Bello, Alberto Romero, José Santos González Vera y Juan Godoy fueron quienes previeron o anticiparon esta escuela, que tiene gran cantidad de seguidores.

"El Roto" de Edwards Bello y "La mala estrella de Perucho González" o "La viuda del conventillo" y "Vidas mínimas" son, sin duda, antecedentes de "La sangre y la esperanza" o "Los hombres oscuros" o "La piedra", obras de Nicomedes Guzmán y María Flora Yáñez, respectivamente.

Claro que no cabe duda de que el maestro más notorio de esta generación es D. Baldomero Lillo. "Sub-sole" y "Sub-terra", libros de cuentos de Lillo, constituyen piedras angulares de la literatura chilena postcriollista.

Los autores del "realismo sociológico" escriben esencialmente en prosa. Casi no hay poetas entre ellos o, al menos, la obra poética no tiene aquí la envergadura del resto de las creaciones literarias.

También es necesario anotar que en varios países se produjo una lite-



ratura semejante. Fedor Gladkov, autor de "Cemento" o Upton Sinclair, autor de "Petróleo", se hubieran sentido complacidos con "Carbón", "Sewell", "Cobre", "Hijo del salitre", "Norte Grande", "Caliche", "La luz viene del mar", "Pampa volcada", "Llampo de Sangre". Prefiero no detenerme en esta enumeración. Faltan muchas obras. Todavía se escribirán numerosas historias de esta clase, porque este grupo de escritores está aún en uno de sus más altos períodos creadores.

También las comunidades rurales aparecen descritas por estos autores. Aquí están "Ranquil", "Huipampa, tierra de sonámbulos", "Gente en la isla", "Cabo de Hornos", "Golfo de Penas", "Tierra en angustia", etc. A qué seguir. Pero, antes de pasar adelante en el tema, anotaré que con esta escuela la preocupación por las luchas clasistas entra en la escena literaria por primera vez, abriendo un nuevo campo en el panorama literario. Tres autores han captado especialmente ese problema. Ellos son: Nicomedes Guzmán, el primero, sin duda, a través de toda su obra; Volodia Teitelboim y Manuel Guerrero. A última hora, otro novelista aparece: Luis González Zenteno (este es autor de "Caliche" y "Los pampinos").

Quiero hacer ver, también, un hecho que no puede pasar inadvertido. Cada vez más, en este grupo, el individuo y sus problemas de índole subjetiva, a veces meramente los caracteres, sobresalen y son más importantes dentro de la construcción total del cuadro novelesco, que constituye el tema o "estudio".

Para cerrar esta parte de mis notas, diré que dos obras cierran muy bien estos ciclos, ya sea por su grandeza y belleza literarias o por su profundidad y extensión ideológicas.

A nadie le puede caber la menor duda de que "Jemmy Button", novela de Benjamín Subercaseaux, es obra mal escrita y mal construida (aunque admirablemente bien traducida y recortada en su versión inglesa), pero tampoco se puede dudar de que es obra ambiciosa y en extremo interesante. Lo que más interesó a los ingleses (que sólo conocieron menos de la mitad del texto en la versión sajona), fue el tema, que a los críticos chilenos no dejó de inquietar. Este consiste en el prolongado análisis de las posibilidades que los nativos sudamericanos —de razas aborígenes a punto de extinguirse— tienen para adaptarse a la cultura occidental. Consiste, desde otro punto de vista, en las ventajas que esta cultura occidental tiene para la vida de los habitantes primitivos de la América del Sur. La cultura occidental está vista a través de los miembros de la expedición Fitz Roy (1830). La obra es ideológicamente profunda y tiene escenas de extraordina-

ria plasticidad. Está notoria e intensamente influida por gran cantidad de autores. Porque, en verdad, a través de ella, leemos a Darwin, y sus estudios; leemos el Diario de Viaje de Sir Robert Fitz Roy y sus cuatro volúmenes; vemos "El negro del Narciso" —la famosa novela de Conrad— o "Jim", del mismo autor, y escenas completas de "Billy Bud" de Melville o "La ballena blanca"; percibimos, incluso, la presencia de Edgar Rice Burroughs y "Tarzán de los monos" e interpretaciones del tipo popular chileno —el roto— hechas por Joaquín Edwards Bello o Nicomedes Guzmán; por último, no es difícil recordar "Vanity Fair" de Thackeray y "Las llaves del reino" de Cronin, influencias todas que constituyen —entre otras— la causa del interés de los críticos y lectores de habla inglesa. Pero todas ellas significan, a la vez que debilidad en la concepción artística, un enorme esfuerzo para llevar a cabo una síntesis poderosa y definitiva de cuanto intentó la escuela criollista, en el sentido de examinar las posibilidades raciales de Chile y el chileno —tipo popular al cual se hace constante alusión en la obra— en medio de la cultura occidental. Cultura y raza son problemas estudiados a fondo por este autor, raza y cultura, en sus aspectos más sensoriales, fuera igualmente de preocupaciones esenciales de toda la obra anterior de este literato. Todos sus libros, sus ensayos, sus crónicas periódicas conducían hacia ese propósito y eran su preparación. Lo propio se puede observar en el prólogo que escribiera para "Zurzulita", novela de Mariano Latorre.

Un autor que no quise mencionar antes y que parece proseguir esta corriente literaria de Subercaseaux —con un sentido mucho más constructivo y nacionalista— es Enrique Bunster. A través de relatos, ensayos, miniaturas históricas, investigaciones históricas, viajes por el Océano Pacífico escritos en forma de crónicas, se inquieta desesperadamente por encontrar en el pasado de Chile, en el venero interminable de los episodios que llevaron a cabo sus aventureros, las auténticas posibilidades de su futuro como raza y como país. Exotismo o nacionalismo se confunden en su obra.

La otra obra que cierra el extremo de este ciclo es "Hijo de Ladrón", de Manuel Rojas.

Este autor parecía haber comenzado su labor dentro de cierto criollismo en sus primeros libros: "Hombres del sur", "Travesía", "El bonete maullino", etc. La verdad es que sólo era criollista en cuanto sus temas eran en alto grado nacionales. Ello se debía —según ha explicado varias veces el autor— a que estaban escritos a base de relatos escuchados de labios de su madre

y de experiencias personales. Lo que nadie quiso o pudo anotar es que los cuentos de Rojas tenían por escenario lugares tan diferentes como la cordillera o el mar y que gran parte de ellos narraban, en tono un poco romántico, la vida de la gente fuera de la ley. Además, se diferenciaban de las historias de los criollistas en que algunos ponían cierto énfasis en la vida interior de sus personajes. Indudablemente, Manuel Rojas recogió muchos elementos de esa escuela, pero su aporte definitivo como escritor es un conocimiento profundo de los principios universales en que se basa la psicología nacional.

Los cuentos parecían no tener unidad como obra. "Lanchas en la bahía", especie de novela breve, podría incluirse muy bien en lo que yo llamo el "realismo sociológico".

La novela titulada "Hijo de ladrón" mostró la unidad del propósito de Rojas. Los cuentos que se referían a casos ciudadanos, los cuentos de los campos, de las montañas, del mar de Chile, se unieron como un mosaico extraordinariamente ajustado para hacer una sola novela sobre la naturaleza, el carácter, la psicología del pueblo de Chile, ante ciertos aspectos de la cultura occidental, particularmente en todo cuanto tiene vinculación con el sentido del tiempo y la propiedad burguesa. Es "Hijo de ladrón", también, una historia de supervivencia, pero no de una raza, sino de una concepción de la vida.

Toda la concepción antipropietaria, paradisíaca, del chileno, que no logra adaptarse bien a las exigencias del mecanismo y del capitalismo contemporáneo, aparece aquí descrita por mano maestra.

Los enormes esfuerzos de realización literaria operados por maestros anteriores, como Alberto Romero y Joaquín Edwards Bello, confluyen en esta obra para dar una exacta definición del carácter del país. Y, al hacerlo así y llevar a cabo una síntesis de cuanto quisieron decir esos maestros y, además, los compañeros de su generación (1920), Manuel Rojas escribió páginas maestras de la literatura universal contemporánea. Reacciones y modalidades humanísimas, psicológicas y sociales que, quizá, sólo en Chile se pueden producir con tal intensidad, aparecen descritas en una obra cuidadosamente expresada y en un estilo terso, limpio, adecuado.

Dos corrientes se dejan entrever a continuación, ambas de tipo europeo. Sobre ellas nada se puede decir de definitivo, pues aún están en pleno período de expansión. La una encuadra en la otra con absoluta secuencia. Dije antes que las corrientes europeizantes —de tipo romántico— habían tenido que retroceder ante el empuje creador del nacionalismo literario. Esto,

como se ha podido ver, es sólo parcialmente verdadero. Los escritores chilenos (de una mínima categoría) tienen siempre presente las tendencias literarias y filosóficas de la cultura occidental, incluso cuando quieren prescindir de ellas.

Un grupo de autores sufrió en el más alto grado la influencia europea de la escuela surrealista. A través de dicha concepción realizaron una obra cuyo verdadero alcance es aún muy difícil de percibir. En todo caso abrieron un camino enteramente diferente a cuanto se intentase con anterioridad, para las nuevas generaciones, de modo que éstas pudiesen crear con una libertad y universalidad de pensamiento y forma que hasta ese momento no era posible imaginar en los ambientes culturales de Chile.

#### NICOMEDES GUZMÁN

#### ENCUENTRO EMOCIONAL CON CHILE

VAMOS A intentar establecer un poco de comunicación emocional con algunos asuntos naturales a nuestra tierra. Asuntos de ambiente, de horizontes, de hombría —y en esto de hombría entendámoslo todo—, es decir, lo humano, que también incluye a la mujer, severo y soberbio aguafuerte en el concierto de nuestra vida más íntima, y más pura, y más ancha.

La cosa es ésta:

Vamos un día por la calle y se nos ocurre darle forma a un libro. Este libro se logró con un esfuerzo de caballo, de perro, de cóndor o de puma. El título del libro lo dio un extraordinario amigo: Luis Enrique Délano. Y es éste: "Autorretrato de Chile".

Definir lo que puede ser un autorretrato de Chile quedó más o menos definido en el libro mismo. No vamos a hablar del libro, pero sí vamos a hacer referencia a algo que no solamente lo toca, sino que lo sostiene. Ocurre que hay entre sus páginas un ensayo de ese escritor, para nosotros asombroso, que se llama Manuel Rojas.

Es un trabajo de tema alto y profundo: "Chile, País Vivido". Bastaría para justificar nuestras palabras de ahora. Por ahí dice, coincidiendo con todo ese mundo que hemos visto y hemos experimentado en nuestras correrías por las veredas civilizadas y salvajes de nuestra tierra:

"He conocido hombres como de madera, como de sonrisas, como de vinagre, como de aire, como de flores, como de pezuñas; apasionados, fríos, torpes,